

(El documento que sigue circuló en Miami poco tiempo después del asesinato de Plinio Prieto y sus compañeros, pero supe del mismo solamente por citas y referencias, sin poder obtener el original por unos cuarenta años. Gracias a la viuda de Plinio, mi cuñada Amparo, pude reproducir una copia fiel que le hicieron llegar manos amigas).

ÚLTIMOS MOMENTOS DE LA VIDA DEL COMANDANTE PLINIO PRIETO RUIZ

TESTIMONIO DEL R. P. OLEGARIO CIFUENTES

En la tarde del día doce de Octubre de 1960, como a las ocho de la noche, (Plinio) fue llevado con sus cuatro compañeros a la finca “La Campana”, en el término de Manicaragua.

El medio utilizado para el transporte de los cinco condenados a muerte fue una de las guaguas locales de Santa Clara.

Los cinco condenados estaban con las manos atadas hacia adelante con hilos fuertes de nylon y escoltados por milicianos y soldados al mando de un capitán, cuyo nombre no recuerdo, pero que era de color, y que personalmente yo conocía por haber él dirigido varias veces pelotones de fusilamiento en el campo de tiro del Cuartel “Leoncio Vidal”.

A las 8:30 se presentó en la casa parroquial de La Divina Pastora el capitán José Ferrer Brito, jefe del DIER, quien al abrirle la puerta y saludar, me dijo: “Esos muchachos que van a ser fusilados quieren que vaya usted a asistirlos”. Y al preguntarle yo que a que hora tendría lugar el fusilamiento, me dijo: “Ahorita”. Como me encontraba de segar, le dije: “Espere me prepare”. Entré, recogí los utensilios sagrados, y salimos a la esquina de las calles Cuba y Síndico, donde una máquina me recogió y me llevó hasta el lugar indicado en compañía del Dr. Pedraza, que habría de actuar como médico forense.

Por haberse demorado bastante la máquina en su llegada al lugar en que había que recogerme, no llegamos a la Finca “La Campana” hasta las 9:45 p.m.

Al llegar a la finca pudimos ver una concentración enorme de milicianos y soldados con fusiles y metralletas, que estaban escuchando unas instrucciones o adoctrinamientos que desde un balcón les dirigía un comandante, cuyo nombre no recuerdo, que tenía una barba muy larga y poblada.

La guagua con los cinco condenados estaba situada en el centro, completamente rodeada de personal armado, de manera que los mismos podían escuchar perfectamente lo que el conferenciante estaba diciendo. Al llegar nosotros, estaba arengando contra los mercenarios, esbirros, etc., etc., y recuerdo perfectamente estas sus palabras: “Todos serán pasados por las armas como estos cinco desgraciados que van a ser fusilados dentro de unos momentos”. Al decir estas palabras, todos los oyentes prorrumpieron en una gritería enorme diciendo: “Paredón, paredón”.

A las diez y unos minutos me pasaron a la guagua donde se encontraban los cinco detenidos. Al llegar y saludarles, me presenté de la siguiente manera: “Como yo no los conozco a ustedes, ni ustedes me conocen a mí, tengo que presentarme diciéndoles que soy un sacerdote católico que vengo a cumplir una misión espiritual cerca de ustedes. Yo les ruego me sean sinceros y si hay alguno que pertenezca a otra religión que no sea la católica, me lo diga sinceramente y con plena libertad, para que no tome como una intromisión de mi parte mi acercamiento a él”

Al pronunciar yo estas palabras, Plinio Prieto, que estaba el primero a mi derecha, levantó la cabeza, me miró serenamente y dijo en alta voz, que pudieron oír todos: “Católico convencido y practicante”. El silencio que provocaron estas palabras fue absoluto. Entonces le dije: “Eso quiere decir que usted esta dispuesto a recibir todos los Sacramentos de la Iglesia, ¿verdad?” Su contestación fue: “Todos en absoluto”. Le insistí de nuevo: “¿Incluso el de la Extremaunción?” Su contestación fue: “Por supuesto”. “En este caso”, le dije, “¿Me permite que me siente unos momentos a su lado?” “Con mucho gusto”, me contestó.

Me senté a su derecha echándole mi brazo izquierdo sobre su cuello y espalda, bajé las ventanillas de la guagua, pues los milicianos estaban tan cerca que podían oír cualquier palabra. Se confesó serena y tranquilamente, y al impartirle la absolución me puse de pie, tome el Santo Crucifijo en la mano izquierda, causando una gran emoción a todos cuando él con sus manos atadas se lo acercó a los labios para besarlos reiteradamente.

Una vez terminado, me dijo estas palabras: “Padre, procure atender a este muchacho que esta detrás, pues dice que no se ha confesado nunca y está preocupado porque dice que no sabe como se hace. Yo le he dicho que preste atención a las preguntas que usted le haga y que le ayudara en todo”.

Al dirigirme a los de mi izquierda, que eran Sinesio, Ramírez y Palomino les pregunté: “¿También ustedes me van a permitir que me sienta a su lado? ¿Cuál es el problema de ustedes?” A nombre de los demás, me contestó públicamente Palomino: “Mire, Padre, la verdad es que nosotros no hemos sido nunca muy rezadores, pero, eso sí, todos creemos en Dios y no somos comunistas”.

Fui atendiendo uno tras otro en la misma forma que al primero. De modo especial, atendí a Rodríguez del Sol en el problema que públicamente manifestó de querer inscribir a sus dos hijitos, para lo que conseguí del capitán le fueran soltadas las manos mientras escribió un documento declarando su última voluntad, y que le fueron atadas nuevamente al terminar.

Pasé con ellos desde las diez y minutos hasta las once y cuarto, que me bajé de la guagua. Al bajar, en los últimos momentos me acerqué a Plinio Prieto para preguntarle si quería algún encargo para sus familiares, y encogiéndose de hombros, con gran serenidad y dominio, me dijo estas palabras que son todo un testamento:

**“Si tiene oportunidad de ver a mi señora, a los niños y a mi vieja, dígales que les quiero mucho, que les guardo el último recuerdo y que muero con una fe a plenitud en Dios y en los hombres”.*

Como esto lo dijo en alta voz, que pudo ser oído por todos, uno de la escolta objetó que en los hombres, en ciertos hombres, no se podía tener fé. A lo que Plinio, con autoridad y una mirada penetrante, contestó: “Pero hay hombres en quienes se puede tener fé, y yo la tengo”*.Estas fueron sus últimas palabras. Ya no habló más con nadie.

Al bajar, me puse del lado izquierdo, al lado de la ventanita frente a la cual se encontraba, y como iba a poca marcha hasta el lugar de la ejecución a unos cientos de metros, pude ir a su lado hasta que bajaron y fueron colocados frente al pelotón de fusilamiento, integrado por milicianos, los cuales hicieron la descarga con armas automáticas de las llamadas metralletas checas.

Mantuvieron este orden al bajarse: Plinio Prieto, Rodríguez del Sol, Palomino, Sinesio y Ramírez.

Al producirse la descarga, Plinio cayó del lado derecho, Palomino, Sinesio y Rodríguez de espaldas, y Ramírez, el único que cayó hacia delante.

Antes de reconocerles el médico y darles el llamado tiro de gracia, les administré el sacramento de la extremaunción. Luego, al reconocerlos el médico, les solté las manos y retiré la camisa y la camiseta para que el doctor pudiera utilizar el aparato llamado fonendoscopio.

Permanecí al lado de ellos, ya rezándoles un responso, hasta que había marchado todo el personal y se acercaban los del servicio funerario.

El único que llevaba un escapulario de plástico y varias medallas en el bolsillo izquierdo de la camisa era Plinio Prieto, quien de las varias medallas que tenía me había pedido repartiera a los demás, que introduje en sus bolsillos por no tener cadenillas ni cordones.

Esta es la sencilla relación de los hechos que tuvieron lugar en la noche del **doce de Octubre de 1960, desde las diez y minutos hasta las once y veinte, en que tuvo lugar la ejecución.

Por lo que pude oír a algunos milicianos y soldados, parece se quiso realizar este fusilamiento ante la mirada de dos mil milicianos y soldados a fin de hacerles ver la sanción que caería sobre los “traidores”.

Firmado:

P. Olegario Cifuentes

Nótese que desde el principio de este testimonio, el RP Olegario va reportando fecha y horas de los hechos, **el mismo día doce**, a pesar que el presidente del tribunal había pospuesto el “juicio” por 24 horas *-para dictar sentencia-*. Mi hermana Liana y yo –poco antes- fuimos testigos.

* Si bien éstas son las últimas palabras de mi hermano Plinio, su último mensaje es el párrafo anterior: *“Si tiene oportunidad de ver a mi señora, a los niños y a mi vieja...”*

** Por último, según este minucioso testimonio, *el doce de Octubre (a) las once y veinte*, confirma fecha y hora del sádico asesinato con metralletas.

José Ramón Prieto